

## Una noche de marzo

La ola se rompía suavemente susurrando en la noche cubierta de estrellas. Despertaba el silencio acunándolo con el sonido encantador de la resaca. En los confines indefinidos de la playa se desbordaba un trozo de luna que iluminaba las siluetas ocultas por la oscuridad.

Con los ojos semiderruidos Alessia miraba los *puntales*<sup>1</sup>. Solo un toque los había animados y parecía que el frío hubiera congelado sus movimientos. Hundidas en la arena, las botas respiraban por las capas de escarcha, resbalando despacio mientras le iba sobreviniendo el sueño. Un par de veces había cedido a sus fugaces halagos en espera que algo despertara su atención; un tirón repentino, el desplazamiento decidido de un *starlight*<sup>2</sup>, la excitante vibración de un carrete y sin embargo las cañas se quedaban rectas como bayonetas. Hacía falta tenacidad, una gran reserva de paciencia y la capacidad de convertir la espera en un placer dulce y sin tiempo. Puede que aquella no fuera la tarde ideal: el mar agitado, las algas, los plomos que volvían despacio a la orilla, y sin embargo, muchas veces los guiones que parecían anodi-

<sup>1</sup> Punteros de la caña de pescar.

<sup>2</sup> Dispositivo luminoso que colocado en el puntero de la caña ayuda a la visualización de las picadas.

nos se habían convertido en espumantes comedias.

«Voy a montar un anzuelo» murmuró con gesto decidido, y después de recoger los plomos los arregló con un par de garfios de metal. Cebó el *muriddu*<sup>3</sup> y agarró la caña llevándola despacio hacia atrás. De repente dobló el extremo y lanzó con fuerza el engaño. El silbido del sedal crujió durante un rato desapareciendo, poco después, detrás de un ruido sordo, lejano y hueco.

Hacia mucho tiempo que cultivaba la pasión por la pesca aunque en el fondo, era bastante raro, ya que no conocía ninguna otra chica que practicara el *surf casting*<sup>4</sup>. Solía acompañarse de unos amigos pero cuando estos le daban plantón, llevaba a Greta consigo, una *rottweiler* alegre y fuerte.

Esa pasión se la había transmitido Ferdinando enseñándole los primeros rudimentos. Cuántos viajes hacia playas desiertas, de noche, con frío y vestidos con monos de goma por desafiar la fuerza de las olas. Cuánta emoción y cuánto silencio, cuántos anocheceres y cuántas palabras en el momento en que había vuelto a aparecer en su vida. Le había echado tanto de menos que para huir del dolor, había borrado completamente su recuerdo. Por lo tanto, cuando volvió a aparecer, lo desechó enseguida. No obstante lo ocurrido, ahora seguía pareciéndole la única reacción que hubiera podido tener. Era normal considerando que de él recordaba sólo una sombra, una voz perdida en el tiempo que bruscamente se alejaba de casa. Aún ahora no conseguía saber quién era de veras ese hombre, una esperanza, un fantasma, una imagen que se había desteñido o un retrato cambiante como la brisa que le sonrojaba la cara. Esos repiques violentos martilleaban en su cabeza, cansada de seguir buscándole la razón. Así, lentamente

<sup>3</sup> Gusano marino que se emplea como cebo.

<sup>4</sup> Es una modalidad de pesca, sólitamente nocturna, que se realiza lanzando al mar agitado desde la playa.

te había borrado su recuerdo, como si no hubiera existido nunca, hasta que su vuelta abrió una brecha en su corazón. Y ese año vivido tan intensamente había acentuado sus dudas y su amor a la vez. Con las heridas que goteaban dudas había vuelto a caminar con coraje hacia adelante sin mirar nunca hacia atrás, y aquel lazo era la única luz que brillaba en su cara.

Todavía aquella vuelta tan deseada e inesperada le daba miedo. El miedo de que el hado se lo volviera a llevar le producía un ansia agobiante, y por eso, a veces, llegaba a negar su felicidad protegiéndose detrás de una cortina de indiferencia. De manera que si la suerte hubiera sido cruel con ella, ese disfraz le habría menguado sus sufrimientos. Ahora, por primera vez desde que había desaparecido se encontraba de noche en una playa, echándole coraje al frío, a la brisa y a los recuerdos.

Una gota de añoranza resbaló por su frente mientras perezosamente alimentaba el gas de la lámpara. La oscuridad se alejó durante un rato revelando las siluetas de numerosas herramientas. Miró el reloj con aire cansado pensando que si hubiera pasado otra hora en vano, se habría terminado la batida. Eran casi la dos de la madrugada y era muy probable que las cosas no hubieran cambiado. Instintivamente se frotó las manos ateridas por el viento y, después de haberlas calentado con su aliento, las puso en los bolsillos. Ahora hacia mucho frío.

«Levantémonos» dijo en voz baja alzándose de la silla. Perezosamente agarró los carretes tendiendo los hilos, luego caminó con paso lento por la rompiente desfigurándola con sus huellas. Durante largos ratos se quedó mirando el mar y el oleaje retumbaba en sus oídos. Era una música dulce que lograba darle paz y en aquellos momentos habría querido quedarse allí para siempre. Greta la seguía con la mirada y en cuanto la vio alejarse, se levantó de inmediato y se fue hacia ella. Alessia la acarició y si-

guió paseando por el agua. Por un breve tiempo caminaron juntas perdiéndose con la magia de la noche. Y así la llama de la lámpara a gas se hizo más lejana mientras la última pincelada de luz desaparecía comida ávidamente por la oscuridad. Era el reino de las tinieblas profundas y sólo el resplandor de la ciudad lejana separaba el mar de la costa. Durante más de un cuarto de hora dejó que su imaginación alimentara sus pensamientos hasta que los ladridos de Greta la volvieron bruscamente a la realidad.

«¿Qué te pasa?» gruñó algo molesta. Instintivamente volvió su mirada al agua y vio en lejanía una luz que ondeaba en la oscuridad. De pronto echó a correr a lo largo de la playa y al llegar cerca de las cañas pudo oír las *cigarras*<sup>5</sup> que empezaban a graznar.

«Han picado!» exclamó radiante. En un instante la somnolencia que la había aturcido pareció desaparecer con la descarga de la adrenalina. Se apresuró a coger la caña quitándola de su soporte. Efectuó una enérgica sacudida y luego tendió delicadamente el hilo para tantear la consistencia de la presa. Enseguida sintió un tirón e instintivamente detuvo la fricción. Soltó un poco del sedal permitiendo al pez ganar un poco de línea. Excitada, miró la segunda caña entreviendo otro toque. Greta corría a su alrededor compartiendo su emoción.

«¡Leches!» bufó rostrituerta, «tenían necesariamente que picar a la vez?»

Con aire resignado dejó la otra caña a su sino y concentrándose en la suya apoyó el mango en su vientre empezando a rebobinar el sedal. Era una fase delicada porque la impaciencia, el cansancio o un tirón repentino habrían permitido al pez escaparse. Durante largos ratos consiguió recuperar la línea doblándose gradualmente hacia adelante, luego sintió un tirón y dejó que se

<sup>5</sup> Indicador de picada con sonido que se encuentra en los carretes.

alejara.

«Tienes que ser muy grande!» susurró intentando no distraerse. Con el sedal aún tenso, quitó el bloqueo del carrete frenando la bobina con la mano hasta que un nuevo tirón le hizo entender que habría sido dura.

«Ahora te vas a enterar» dijo desafiándole. Por un breve tiempo no hubo señales e instintivamente puso la mano en el sedal. La brisa había aumentado y el sudor le transpiraba a través del mono. En aquel momento tuvo miedo de que el pez hubiera escupido el señuelo pero el timbre áspero de la cigarra la hizo palpar otra vez. Lentamente empezó a recuperar mas hilo, cuando de repente sintió una obstrucción. Con aire pensativo agarró la manivela tendiendo nuevamente el sedal.

«¿Que demonios está pasando?» resopló contrariada. Con el brazo ya cansado, hundió el pié en la arena intentando recuperar fuerzas. Con la mano izquierda encendió la linterna que tenía en la frente mirando atentamente la bobina. El hilo estaba enrollado y la llenaba toda. De golpe dio la vuelta hacia el agua observando en busca de la presa. Varias veces intentó divisarla iluminando el sedal que desaparecía en el mar, vanamente, y sin embargo estaba allí, en algún sitio por ahí, y cercana. Lentamente intentó forzar el carrete pero el sedal estaba tenso y el riesgo de romperlo era especialmente alto.

«No hay que perder la concentración» farfulló a si misma mientras ya iba sintiendo el cansancio. La noche la miraba en silencio, asistiendo, con indiferencia, a la llegada del combate. Durante más de un cuarto de hora no hubo toques ni tirones y el tiempo parecía alargarse al infinito.

«Sé que estas allí» dijo en voz alta «no me engañas.» Estaba segura de que había picado pero no lograba entender sus jugadas.

Cansada, volvió hacia la orilla y aflojada la fricción, colocó la

caña en su apoyo. Con los ojos ofuscados intentó aclararse la mente y enseguida volvió a pensar en Ferdinando. Si hubiera estado a su lado habría sabido que hacer, y así por un instante imaginó su rostro y eso volvió a darle fuerza. Fue una imagen fugaz, un espejismo ahogado por la oscuridad y de sopetón se encontró en la noche, náufraga después del enésimo abandono. Un sollozo traspasó su garganta, acompañado de una regurgitación amarga y dolorosa. Con la cabeza pesada demoró su mirada en la austera inmovilidad del Cosmos, y exhausta, se hundió en la silla.

«Tendrás que moverte, bastardo, o morirás ahogado» dijo observando la caña erguida. La esperanza de que se descubriera le hizo superar el cansancio ocultándolo detrás del recuerdo de antiguas batidas. Las imágenes de cestas llenas de pescado, las alegres barbacoas con los amigos, las miradas decepcionadas por las noches vanas y vacías, sustentaban su cabeza aturdiéndola con los gloriosos colores del pasado. Una vez más, sin que se diera cuenta, le pudo el sueño hasta que, con los miembros lastimados, se alzó de la silla para volver a controlar la caña. El sedal estaba tenso y el puntero visiblemente doblado hacia el agua.

De golpe miró el reloj y el nerviosismo empezó a invadirla. Después de una hora de espera el pez seguía aun allí, encerrado en esa defensa astuta y agotadora.

Con el cansancio que le ganaba empezó a imprecarle en voz alta, maldiciendo aquella anómala pasión. Maldijo su debilidad, su ser una mujer, su frágil fisiología. Esos pensamientos parecían acrecentar su fatiga y, con cierta agitación, empezó a buscar en las herramientas. De repente agarró el *arpeo*<sup>6</sup> y lentamente se dirigió hacia el agua.

«Ahora veras» gritó meciéndole nerviosamente. Con la mirada

<sup>6</sup> Garfio de metal que se clava en el pez para facilitar la salida de agua.

obsesionada empezó a agitarse y el agua le enfrió el mono mojándole lentamente el cuerpo. Ahora el agua le llegaba a las rodillas pero no lograba ver el *terminal*<sup>7</sup>.

Decidida a acabar con esto, avanzó siguiendo el sedal con la mano.

Cuando la primera ola se rompió, el agua salpicó por todas partes. A duras penas mantenía el equilibrio mientras el fondo se derrumbaba bajo sus pies. El pez estaba cerca, entreveía el color diferente del terminal, unos metros más allá y habría podido verle. A tientas siguió avanzando en la arena. El agua le llegaba a la cintura y sabía que el fondo se demolía de repente.

«Párate Alessia, es solo un pez» le habría dicho Ferdinando si hubiera estado presente.

«Por qué demonios te has ido?»

«El justo castigo por mis faltas.»

«Ya, pero no estaba preparada para tu despedida.»

«Siento haberte implicado en todo este tinglado.»

«Leches, justo ahora que te había vuelto a encontrar.»

«No busques revancha, es sólo un pez, no lo olvides» acabó desapareciendo de sus pensamientos.

Confundida empezó a mirar a su alrededor y una nueva ola se rompió contra su cuerpo. El agua entró en sus botas. Para no caer se apoyó en el arpeo con arriesgo de herirse seriamente. La corriente la empujaba hacia adelante y, con el mono empapado, sus movimientos se hacían muy lentos.

Asustada, avanzó fatigosamente a través de la ola, unas veces flotando, otras apoyando los pies en el fondo, y cuando borbotores de agua llegaron a su garganta, dilató los ojos por el terror. Con la fuerza de la desesperación siguió valientemente luchando

<sup>7</sup> Parte conclusiva del sedal, de color y espesor diferente, que se encuentra antes del cebo.

por robar centímetros al mar. Más atrás Greta la alentaba ladrando nerviosamente a la noche.

Decidida a no rendirse, gastó el resto de sus energías en una lucha furibunda contra los golpes del mar, hasta que llegada a la orilla empapada y asustada, se dejó caer en la arena, dejándose abrazar por ella. Greta la alcanzó en seguida y le lamió repetidamente la cara. Se quedaron así juntas durante mucho tiempo, con los respiros sincopados por el afán.

Cuando los ritmos se hicieron más blandos, se arrastró fatigosamente hacia el bolso buscando el termo del expreso. Con unas manos, que la turbación, volvía temblorosas, quitó la tapa, y se sirvió un poco de café. Un suspiro de alivio salió de sus pulmones: era aún bastante caliente como para aliviar su temblor. Se quedó un ratito mirando a las polillas que bailaban alrededor de la lámpara. Habría querido huir pero el cansancio y el frío le impedían levantarse. Así dejó correr la imaginación pero su huida chocó con el eco sordo de aquellos últimos instantes. Esas imágenes seguían dando vueltas en su cabeza y la dejaban sin salida. Había corrido un gran riesgo, una ola más grande y el mar la habría inexorablemente arrastrado.

Humillada, se dirigió cansadamente hacia las cañas. Lentamente se preparaba a desmontar la primera cuando un chiflo imprevisto, una serie de tirones sacudieron la otra caña y el sedal empezó a avanzar.

«Lo sabía!» chilló agarrándola con fuerza. Giró la manivela con vigor notando que había menor resistencia. Ahora los tirones se hacían más espaciados, a muestra de que ya no tenía fuerzas. Rápidamente se puso a recuperar línea y, cuando el terminal amarilleó la bobina, corrió hacia el arpeo parándose en la orilla de la playa. Con calma recuperó el terminal y de repente divisó una silueta que avanzaba en el agua.

«Que demonios...» farfulló estupefacta observando una raya de tamaño enorme. Sus grandes brazos alados resbalaban elegantemente en la superficie al ritmo de un baile de muerte y derrota. Una vez superado el estupor, recogió los últimos metros y cuando la tuvo cerca, en lugar de arparla, la arrastro hasta la orilla. Era una presa excepcional, orgullosa, enorme, que a pesar de su vencimiento, agitaba peligrosamente la cola. Alessia la miró encantada y de golpe se lanzó hacia las herramientas buscando febrilmente la cámara. Temblando, insertó el soporte que acababa de desmontar y, después de apoyar sobre él la cámara, puso el autodisparo. En unos pocos brincos la alcanzó y con actitud circunspecta la levantó por la boca. Una mueca debida a la fatiga desfiguró su rostro. Estaba claro por el esfuerzo que la raya tenía que pesar por lo menos diez kilos. Impaciente esperó la luz del relámpago. Eran ya las cinco de la madrugada. Repitió nuevamente la operación y rápido volvió a la presa liberándola delicadamente del anzuelo. Estaba llena de arena y seguía abriendo la boca. Con cuidado la llevó a la orilla y despacio empezó a empujarla hacia el agua. Durante largos ratos la raya no se movió, luego con un golpe de cola empezó a danzar en superficie. Se quedó un poco flotando casi incrédula por su libertad devuelta. Alessia la siguió con la luz de la lámpara hasta cuando la vio alejarse. A su alrededor, la noche se aprestaba a desaparecer detrás de la tenue claridad del amanecer.

Sin demora dio un gran suspiro, inhalando ávidamente los últimos fragmentos de serenidad. Miró alrededor aún unos instantes más y mientras la noche guiñaba al nuevo día, pensó en Ferdinando por última vez. Toda aquella noche estaba llena de él y de su recuerdo, su rostro ocultado detrás de las tímidas sombras de la luna, su voz relucida por el dulce murmullo del viento. Una sonrisa se dibujó en su rostro y entonces entendió que, a pesar de

la brecha que la muerte se dispone a excavar, su padre se habría quedado siempre a su lado. Satisfecha, puso en orden el equipo y después de haberlo arreglado todo, apagó la lámpara y se dirigió lentamente hacia el coche.

En una noche de pesca y de estrellas, en una playa encantada y solitaria, una chica se aprestaba a volver a casa en compañía de su perro y de un recuerdo y con la mente empapada de vida.